El Secreto de Eva

Francisco Gamaniel Sandez Graciano

Image not found.

Capítulo 1

En una ocasión, alguien me preguntó que se sentía ser como yo... "lo mismo que se siente ser como tu" respondí.

-no lo creo- refutó -tu eres… diferente.

…

Eva tenía sus brazos apoyados sobre sus rodillas, estaba sentada sobre el empedrado de una colina no muy alta, tenía la calle detrás suyo, la misma estaba casi vacía, era un día tranquilo, su cabeza estaba cubierta por el gorro de su envejecido suéter azul marino y fumaba un cigarrillo mentolado, el último de la cajetilla. Tenía unos pantalones de mezclilla poco ajustados, nunca ajustados, no era su estilo, a pesar de tener un afilado rostro era poco femenina, pero su belleza era natural e innegable.

Observa los autos mientras se cuestiona sobre las personas en ellos, ¿Cómo eran? ¿Qué representaban en la sociedad? ¿Cómo les recibía el mundo? ¿De dónde venían y hacia dónde iban? Tenía una cierta fascinación sobre la vida de la gente, sobre todo, su lado oculto, cual era ese secreto que nadie sabía o cual era ese rumor que aun nadie confirmaba. Sabía muy bien lo que era mantenerse en la oscuridad, lo único que sentía en común con esas personas era el hecho de pensar que algo escondían.

Estaba a punto de oscurecer, en el horizonte se perdían los últimos destellos del sol, parecía ser una hermosa despedida; el júbilo de las sirenas de un par de patrullas pronto invade el grisáceo de la tarde, se estacionan cerca y de las mismas bajan policías con armas desenfundadas. Eva los ignora, pero sabía que estaban ahí por ella.

"¿Por qué tardarían tanto?"

Pensó.

"Pude haber escapado"

Fuma nuevamente, fuma lento, baja la vista y observa sus dedos, en los cuales había sangre a punto de coagular, sonríe y suspira.

"si pasó"

Se dijo en sus adentros, levanta la mirada y observa el cielo, era un día cualquiera, pero ella lo había hecho suyo y sería memorable.

“¡Levante sus manos!”

Imperó una desconocida voz, impávida, Eva lanza una última bocanada de humo mientras los ignora; los policías se acercan con precaución. poco antes de llegar a esta, se detienen por completo.

“¡Ponga sus manos en alto! ¡Obedezca!”

Imperaron nuevamente, Eva exhala resignada, lanza su cigarrillo alertando a los policías, se levanta y da una media vuelta encarándolos, caminando lentamente llega hasta al borde y observa fijamente a todos, la gente empezaba a juntarse, irónicamente siempre había sido discriminada, ahora era el centro de atención, ahora si había una razón para odiarla.

En su suéter, a pesar de ser oscuro, se notaban las manchas de sangre, estaban por todos lados, incluso en su calzado, Eva era diminuta y delgada, pero sus ojos hundidos eran intimidantes, levanta ambas manos con la palma abierta, les da la vuelta y cierra su puño dejando solamente su dedo medio, la señal obscena universal dedicada a quienes venían por ella, sonríe mientras un par de policías se acercan por detrás y la arrojan al suelo, la esposan rápidamente.

-en la cárcel no te parecerá tan gracioso- señaló un corpulento policía.

La audiencia observaba confundida, algunos vociferaban y señalaban mientras otros reían con sus brazos cruzados. Desde la patrulla Eva observa sus rostros, una extraña sensación de orgullo le invadía sus entrañas, ve directamente a los ojos a una señora que cargaba su bebe y le sonríe con la mirada de un demente, la misma cubre a su hijo y se da la vuelta, era la última vez que estaría fuera y quería ser recordada con miedo.

El viaje a la comisaría fue un tanto breve, la bajaron esposada y escoltada, uno de los policías le cubre la cabeza en un condescendiente gesto por ocultar su rostro.

“Como si eso importara”

Pensó, otro de los policías que la escoltaron se lo quitó rápidamente, fue llevada hasta el interior sujetada con una fuerza tal que se le entumecieron los brazos, pero al mismo tiempo se sintió poderosa, si la sujetaban así es porque, en cierta forma, era temida.

Minutos después se encontraba sentada en la esquina de un cuarto levemente iluminado, aun esposada y con ropa de prisionero. Dos sujetos frente a ella la miraban como a una criatura circense, Eva ya estaba

acostumbrada, su mirada, fija en el suelo, estaba hundida en recuerdos.

-"¿Por qué lo hiciste?"

Cuestionó una voz grave la cual resonó en el cuarto, aunque no veía su rostro, Eva se imaginaba a un gran sujeto robusto, pasado de kilos y con barba, una barba canosa y no muy arreglada, padre de alguna niña tal vez, los hombres con hijas se vuelven mas serios, pensaba, le agradaba prejuzgar a la gente y de repente darse cuenta de que su idea era errónea, su deseo era siempre equivocarse de la misma forma que la gente se equivocaba con ella. Tenía el cabello recortado, no muy corto "como de niño" le decían.

"¿Por qué lo hiciste?...- repitió con un tono más severo -no dejaremos este cuarto hasta que…"

-tuve que hacerlo- interrumpió, observaba sus manos, ahora estaban limpias, excepto sus uñas, al cambiarse de ropa le permitieron asearse fugazmente, pero no sus uñas, ahí aun había sangre escondida. El sujeto entrelaza sus dedos sobre la mesa, en la misma, había un cuaderno abierto y una grabadora.

-¿Por qué?- cuestionó con un tono frío, pareciera ser la pregunta mas común en su oficio, la dominaba, era corta pero directa, su forma de decirla permitía a los sospechosos darse cuenta de lo que venía, que dependía de ellos cooperar o mentir.

-¿Necesito un abogado?

-tu dinos- señaló otro de los presentes, su voz era más cálida, le alarga un cenicero y le ofrece uno de sus cigarrillos, Eva levanta el rostro y observa los mismos, era una cajetilla común de Marlboro, baja el rostro y niega.

-¿Sabe que es ilegal mantenerme así?

-¿Sabes que es ilegal asesinar personas a medio día?- refutó.

Eva sonríe, y continúa jugando con sus uñas, el silencio era penetrante, incluso escuchaba la respiración de un tercer sujeto, quien no hablaba, taciturno, solo observaba el momento, a diferencia del primero, este se parecía asombrado, Eva pensaba sería tal vez su primer día.

-Es por eso que todos prefieren la noche- comentó -lo hace mas íntimo, menos ilegal, así tardan mas en resolver el ca…

-¡contesta la pregunta!… fenómeno- imperó el sujeto de la cálida voz.

Cierra su boca y levanta el rostro observando a su entrevistador, una leve tensión en la frente de Eva se hace presente, este era exactamente a como lo había imaginado, pudo haber atinado incluso el color de su camisa.

-no soy un fenómeno.

Ambos sabían lo que había pasado, pero ambos sabían cual era el procedimiento y que el mínimo detalle podía llevar el caso a un juicio que probablemente se prolongue y haga todo más difícil, era su momento y lo disfrutaba, era el incómodo centro de atención.

-solo contesta la pregunta, entre mas rápido lo hagas mejor para ti- señaló el sujeto de voz gruesa, este no se parecía en nada a quien había imaginado, era un sujeto de cara alargada, se veía relajado, delgado y sin barba, su cabello relamido hacia atrás le recordaba un antiguo amigo de su infancia, Raymundo, un sujeto que fugazmente iluminó su vida, Eva estuvo con él hasta el día en que fue asesinado. Llama la atención de Eva que este no fumaba, la cajetilla estaba completa y el cenicero limpio, los cigarros se los habían comprado a ella.

-¿para que lo quiere saber? Ya está hecho… y aquí me tiene, lo tiene todo… tiene evidencia más que suficiente… no necesita relajarme para hacerme hablar.

-¿relajarte?- cuestionó intrigado.

-si así es como trabajan no es de sorprenderse la cantidad de casos sin resolver.

-¿tú nos vas a decir cómo hacer nuestro trabajo?- sonrió el segundo policía.

-¿Qué más da?- dijo recostándose en su incómoda silla de metal- deberías de preguntar de qué tipo de cigarros fuma una persona antes de comprarle un paquete.

-el policía vuelve su mirada hacia los cigarrillos.

-no nos interesa saber cuáles cigarrillos fumas, nos interesa…-

-No diré más- interrumpió.

-si no quieres cooperar es tu decisión, tu tiempo… es tu vida, si quieres desperdiciarlo, es tu problema, de aquí no sales, puedes hacer esto de la manera fácil o de la manera difícil, pero, te aseguro, entre menos

cooperes más te hundirás y así nadie te podrá ayudar.

-no necesito la ayuda de nadie…- aclaró levantando la mirada –soy culpable, lo soy y cargaré con eso, y lo que tengan que hacer háganlo, pero háganlo rápido, no quiero esperar, lo cargaré en mi conciencia, pero no diré mas.

I

(ALGUNAS SEMANAS ATRÁS)

Recargada sobre el barandal de un puente, Eva fumaba su acostumbrado cigarrillo, era un día soleado y caluroso. Algunas aves volaban hasta posar en el cableado eléctrico, el escaso viento, revoloteaba las bolsas de plástico cercanas junto con las hojas secas, había algo de poesía en la zona. Su ropa era opaca, algo común en ella, era ropa que no necesitaba llamar la atención, que se camuflajeaba entre los colores del cemento viejo, era una típica joven con problemas, para muchos, pero en realidad, no sabían nada de ella, literalmente, había llegado de repente, sola, hablaba poco, sus amistades eran limitadas y todos y cada uno con una fama negativa. La llamaban de muchas formas, rumoraban de su vida pasada, del porque había llegado aquí y porque no se iba. Para Eva esa era la misma canción en cualquier sitio, sabía que no pertenecía a ningún lugar y nunca sería bien vista, daba los mismo marcharse o quedarse.

-A veces- dijo una voz que interrumpió su silencio -imagino esta vista como si fuera un gran lago lleno de aves, montañas y árboles en vez de esta basura de ciudad que tanto me caga- vuelve su cabeza desconcertada y observa al intruso -hey, a veces es bueno escapar- sonrió mientras se aleja pedaleando su juvenil bicicleta. El extraño era un chico de larga cabellera, mas larga que la de ella, con barba de algunos días y mal cuidada, cargaba un suéter negro con las mangas tan largas que cubrían sus manos en los manubrios. Eva lo observa alejarse cual si fuere un loco, da una bocanada a su cigarrillo, lo lanza al suelo y regresa su vista hacia el sujeto, quien se pierde a lo lejos. Confundida, se reacomoda y camina hacia un callejón, no sin antes dar una última mirada. En el mismo la espera una puerta fea y sucia, la cual abre con dificultad; era la puerta de emergencia de su trabajo, la hora de comida había terminado y debía regresar a sus monótonas y necesarias labores. Era una cafetería que vendía pan hecho ahí mismo, el olor del mismo era muy agradable, para Eva, era lo único que la mantenía ahí. Lo desagradable era lidiar con los clientes, ya que en su mayoría eran jóvenes ricos que se burlaban constantemente de su situación, ellos no trabajaban, ella si, ellos iban con su familia, ella no tenia a nadie, ellos tenían dinero para comprar lo que

quisieran del lugar, a Eva le prohibían incluso tomar algo del producto mermado. Vivía estas situaciones con madurez, como siempre.

Un grupo de jóvenes llega al lugar haciendo bulla, se acomodan en una de las mesas cercanas al televisor, Eva toma un menú junto con su tira de comandas y se acerca. Los jóvenes sonreían entre ellos igual como si estuviesen en un comercial de televisión.

-buenos días- recibió amablemente. Ante la mirada incomoda de los muchachos, quienes alejan su mirada con evidente molestia. Ya lo veía venir, estaba tan acostumbrada a este tipo de discriminaciones que ya eran aburridas, siempre pensaba que deberían esforzarse mas para lograr su molestia -¿Desean algo en especial?- continuó.

-si, a mi me gustaría una mesera normal- señaló un joven, su juvenil peinado denotaba todo lo que debías saber de el, deja las llaves de su automóvil sobre la mesa y levanta la mirada- ¿tendrán alguna?

Eva hace caso omiso a la provocación y sonríe.

-ya se nos acabaron- señaló con voz firme, lo cual molesta a los jóvenes.

-entonces no queremos nada.

Eva observa al joven provocándolo con la mirada, asiente y deja el menú sobre la mesa, se aleja guardando su comandero nuevamente en su delantal. Llega hasta Larissa, la joven e ingenua Larissa y le pide atenderlos. Mientras esta se dirige a otra mesa. Larissa se acerca a los jóvenes quienes la reciben amablemente y de inmediato empiezan a ordenar; el gerente, se encontraba detrás del aparador de panecillos y observa la situación, deja de acomodar el nuevo menú y le encarga a uno de los jóvenes que termine, se reincorpora y llama a Eva para que lo acompañe a la cocina. Exhalando molesta, lo sigue, sabe que le espera un tedioso llamado de atención que terminará con un “te lo advierto”, como siempre.

-¿porque dejaste esa mesa?- cuestionó antes de llegar -Aquí no puedes escoger clientes, ya lo sabes- este se recarga en una de las mesas de amasado, en la cual trabajaban algunos panaderos.

-yo no escojo a nadie- señaló erguida -ellos fueron los que no quisieron que los atendiera.

-siempre es lo mismo- exclamó el gerente tomándose de su arrugada frente -problema tras problema, no entiendo cómo le haces para caerle mal a la gente siempre.

-no es mi culpa, ellos…

-excusas, siempre das excusas… creo que ya no puedo más.

-¿disculpe?- cuestionó Eva. Su jefe se reincorpora y se para frente a esta, era mas bajito que ella –he alargado tu estadía más de lo suficiente ya no puedes trabajar aquí- los panaderos observan a ambos como si se tratase del drama de alguna serie de televisión.

-¿me está despidiendo?- interrogó con sorpresa -¿solo por esos inútiles?

-no insultes a mis clientes.

-los defiende y son ellos quienes me faltan al respeto.

-a nadie le agradas- insistió -no se que les harás pero mi negocio no puede ser afectado por tu culpa, y no, no te corrí, tu renunciaste.

-no, no lo hice- señaló confundida.

-claro que si, esa hoja blanca que firmaste cuando te contrataron, era tu renuncia.

Esta cierra sus ojos apretando la mandíbula.

-es un desgraciado…

-Deja el delantal y el comandero en la cocina, necesito que te vayas, no pienso escuchar tus majaderías.

El gerente sale de la cocina regresando al restaurante; ante la mirada de los cocineros y ayudantes, esta se quita el delantal lo lanza al suelo, todos parecían contentos de que al fin se marchara, se veía el júbilo en sus ojos, se acerca un poco mas y escupe en la masa sobre la cual trabajan

-púdranse todos- toma su bolso de su casillero y se marcha.

Todos quedan inmóviles observando el escupitajo sobre la masa. Eva azota la puerta y exhala la amargura que la embarga, nuevamente estaba sin trabajo, esta era la tercera vez en menos de seis meses, algo que hasta a ella sorprendía, pero no se marcharía, ya no. Saca la caja de cigarrillos y enciende uno, se aleja.

Fumando de regreso a su casa, observa el suelo mientras camina, lo hacia sin prisas, no había decepción en su rostro, no tenía la expresión ansiosa de alguien que acababa de perder su empleo, levanta la mirada y ve alrededor, sabía que necesitaba el dinero, como todos, pero sabía que no lo necesitaba de un empleo mal pagado, podía trabajar de lo que fuera,

ella lo sabía, el problema, es que los demás no la dejaban. A pesar de no haber obtenido nada de liquidación, su economía no estaba en las ruinas, tenía algo de dinero ahorrado, no era suficiente para vivir sin trabajo pero era suficiente como para no preocuparse por haberlo perdido, toda su vida había lidiado con cosas que no le gustaban hasta que llegar al punto de no soportarlas mas, no le rogaría a nadie, no tendría ataduras, no era negativa, pero la vida la habia vuelto tan realista que las ilusiones le eran irrelevantes.

Llegó desde que tenía quince años de edad, escapando de la miseria en que vivía, sus padres eran adictos a los problemas, a la austeridad, les gustaba vivir en pobreza y quejarse de su situación. Eva odiaba eso, la autocompasión. Sus padres trabajaban en una maquiladora y el poco dinero que llegaba se iba en comida y en harapos para sus hermanas, nada para ella, ella no existía en la familia, ni siquiera tenía una cama, dormía en el sillón envejecido, comiendo prácticamente las sobras. Abandonó la escuela sin remordimientos, junto dinero vendiendo su cuerpo en las calles, con sus vecinos, amigos y familiares. Solo deseaba juntar dinero y marcharse, no estaría orgullosa de su decisión pero sabía que no tendría de que arrepentirse, esta era su vida y debía afrontarla, siempre recordaba la película de "La Redención de Shawshank" sobre todo, la parte en la que el personaje principal escapa por la tubería del drenaje arrastrándose entre la porquería de los presos hasta llegar a su libertad.

"al llegar al otro lado también estaré limpia"

Pensaba, aun conservaba algo de ese dinero, incluso los mismos billetes sucios que le habían pagado después del servicio, sabia bien que no sería el orgullo de nadie pero tampoco seria una lástima, viviría por encima de la superficie, como una hoja mas de un árbol que cae, era solitaria y le agradaba, no tenía siquiera mascotas, no le gustaba leer y tampoco tenía un talento en particular.

"¿para que existes?"

Se cuestionaba todos los días, su respuesta nunca llegaba, tal vez no sabía porque vivía pero estaba segura de una cosa, no deseaba morir.

-ahí estas- se escuchó detrás suyo, el sujeto de la bicicleta apareció de repente a su lado y empezó a dar círculos en la misma a su alrededor, como un molesto mosquito.

-¿tu otra vez?- cuestionó acomodando su fleco, siguió su marcha sin apurar el paso, el intruso no era nadie conocido pero no inspiraba desconfianza, se veía incluso algunos años menor que ella.

-yo otra vez, tu otra vez.

Eva suelta el humo entre sus labios, el sujeto era extraño y desaliñado, pero quien era ella para juzgarlo, no era feo y probablemente ella era mas extraña que el.

-¿me has estado siguiendo?

-no, solo he andado por aquí y por allá, y nos hemos topado nuevamente- respondió sonriendo, su cabello se revoloteaba imprudente en su rostro, lo acomoda detrás de sus orejas.

-¿podrías toparte con alguien mas en otro lado?- señaló con el cigarro en su boca.

-¿Por qué? Es un lugar libre y… solo quiero acompañarte.

-no te conozco y no quiero conocerte.

-¿Por qué no?- cuestionó.

-tengo una lata de gas lacrimógeno aquí- señaló llevando su mano a su bolso.

-y yo tengo unos ojos muy sensibles, por favor no la vayas a usar.

-estoy hablando en serio- se detiene.

-yo también, de hecho debería usar lentes.

Eva lo observa con seriedad, el sujeto, incrédulo, continua vacilante de un lado a otro como un molesto mosquito, se detiene frente a esta y baja una pierna.

-mi nombre es Gustavo- alargo su mano, Eva lo ignora.

-mi nombre es “Lárgate”

-¿si? Que extraño, suena igual que esa maleducada palabra.

-no estoy jugando, no me interesa conocerte y no te daré mi nombre.

-no hace falta, ya lo se… Eva- guiña su ojo y sonríe pedaleando su bicicleta en sentido contrario.

-Acosador- exhala, revisa su reloj, era temprano y ya tenía el día libre, no tenía humor de regresar a su casa y encerrarse a ver televisión y tampoco quería quedarse a la intemperie vulnerable a las instigaciones de un

acosador. Acomoda su fleco nuevamente y camina hacia el puente vehicular, su amado puente, camina bastante hasta llegar a este, era un puente sucio y gris, sin vida, no había siquiera grafittis, no lo visitaba nadie y por eso era su lugar favorito, en la curva del mismo, justo antes de girar para salir por el otro lado, había un empedrado que tenía su borde lo suficientemente amplio para sentarse fuera de peligro, la vista no era espectacular ya que daba hacia la salida de la ciudad, era una recta que se perdía en el horizonte, en el cual, los edificios eran casi nulos, Eva soñaba con estar ahí, lejos, donde hubiera la menor cantidad posible de gente, pero no se iba porque al llegar a ese lugar, querría estar más lejos.

Capítulo 2

Gustavo llega a su casa dejando su bicicleta en la cochera, vivía en una zona residencial en su mayoría, habitada por abogados defensores, “La Zona Corrupta” le llamaban, pasa la entrada y se dirige a la cocina, donde se prepara algo sencillo para comer; se mete a su cuarto y enciende su modular. Su cuarto era un verdadero desorden, su cama se escondía debajo de una montaña de ropa y cosas sin acomodar, tenía todo tipo de accesorios médicos.

Aunque daba un aspecto completamente diferente, Gustavo era muy dedicado en sus estudios, tenía docenas de libros apilados, todos relacionados con la medicina.

Se sienta en su escritorio y saca una carta resguardada en un sobre abierto, era de una prestigiosa universidad de Estados Unidos, la cual redactaba su aceptación y bienvenida a la misma.

Faltaban solamente seis meses para su graduación, su vida estaba a punto de renacer, debía despedirse del muchacho desaliñado de la bicicleta y darle la bienvenida al intelectual de lentes. Observa el sobre y sonríe, la pone de vuelta en su lugar y toma uno de los libros, se recuesta en su cama y empieza a leer.

Su pasión por la medicina se dio de manera trágica; cuando era niño, su amigo Alonso y él paseaban en sus bicicletas sobre las colinas desiertas de la ciudad, Alonso iba por delante a su máxima velocidad muy cerca del borde de un acantilado, era un poco antes del atardecer, las bicicletas rozaban muy cerca de la orilla, pero el camino era muy bien conocido por ambos, era desafiante pero, después de tantas veces, ya era incluso rutinario. De pronto, una serpiente atraviesa el mismo halando algunos pedazos de maleza y troncos, uno de estos se introduce a la llanta de la bicicleta de Alonso, quien en su intento por controlarla baja un pie hacia una piedra resbalando y perdiendo el control aún más, cae a una altura de siete metros golpeando en su caída con rocas y espinas, Gustavo solo observa impotente, baja de inmediato y llega hasta este; Alonso estaba inconsciente, con una pierna rota y un pedazo de hueso expuesto, Gustavo se quita su camiseta la rompe y hace a su manera, hace un torniquete en el muslo, la sangre deja de fluir pero Alonso aún sigue inmóvil, Gustavo observa la herida, la forma de la misma, el hueso roto, la piel, los nervios, incluso algo de grasa, no sentía asco, lo primero que se vino a su mente fue “yo podría arreglar esto” cual si fuere un auto descompuesto. Lava con abundante agua la herida quitando cualquier pedazo de espina y tierra, coloca el resto de su camiseta encima y la amarra, se apresura en su bicicleta para buscar ayuda, el recuerdo se había quedado en su cabeza como una fotografía. Al año siguiente Alonso se mudó con sus padres al otro lado de la ciudad, Gustavo jamás lo

volvería a ver.

Eva estaba sentada en los escalones de su casa, tomaba una cerveza y fumaba mientras observaba alrededor, el cielo, los animales, a sus vecinos y sus rutinas, sus asfixiantes rutinas pensaba. El señor calvo y panzón que regaba sus plantas solo para observar a las jovencitas al pasar, la señora de al lado que se asomaba por la ventana cada vez que Eva estaba afuera, o cada vez que llegaba con alguien a su casa, o cada vez que sacaba la basura, la vecina que amaba y saludaba a todos, las vecinas hermanas que dedicaban su vida a la religión, sabía que los vecinos la observaban y vociferaban sobre su comportamiento, así que ella hacia lo mismo, era como un programa de televisión en vivo frente a ella.

Había un sujeto viejo que se sentaba, igual que ella, a fumar y a tomar observando la calle, era a la única persona a quien le podría tener respeto, pero al mismo tiempo era la única que le intrigaba en verdad, el sujeto estaba solo, nadie lo visitaba, lo disimulaba bien pero parecía ser una persona triste, muy educada pero triste, siempre recibía el periódico con un saludo muy amable, cualquier persona que llegara a su casa era tratada con respeto, el señor nunca la observaba, como si esa zona de su casa no fuera más que tierra.

Su cerveza se había agotado y debía ir por mas, observa el último trago en la botella, lo termina y la deja al lado de sus escalones, junto a otras botellas vacías y empolvadas, su patio frontal tenía algo de maleza tanto enverdecida como seca, no le gustaba limpiarla porque la casa no era suya, pero lo hacía de vez en cuando.

Se levanta y cierra su puerta, camina sacando un cigarrillo, se coloca el gorro de su suéter y va por la acera ante la mirada de su vecino calvo, aunque su mirada morbosa ya no le era incómoda, siempre tenía esa sensación de inseguridad, pensaba algún día tendría que defenderse del mismo. Llega hasta la tienda toma las cervezas al sonoro de las botellas y las coloca en el mostrador, en el mismo estaba Beto, un joven cajero con el cual compartía algo de historia, no muy seria, pero algo que hacia sus interacciones incomodas, Eva era su amor platónico, ella lo sabía y en ocasiones lo aprovechaba, pero era algo que nunca llegaría más allá. Solo habían salido en un par de ocasiones, en las cuales, las conversaciones pretenciosas de Beto habían arruinado todo.

-¿tienes identificación??- cuestiono Beto bromeando, Eva lo observa con cinismo.

-la olvide en casa, me das unos cigarros…

Antes de terminar siquiera este alarga la mano para tomar unos

mentolados, los cuales deja en el mostrador.

-¿te ves diferente?- señaló sonriéndole.

-¿ah sí? ¿Qué se me ve diferente? ¿Mi cabello?- cuestionó Eva.

-tu rostro, te ves, no sé, te falta luz.

-¿luz?- rio Eva -no te habrás hecho como esos drogadictos que se vuelven religiosos y quieren dar lecciones a todo mundo ¿oh si?

-no- sonrió cabizbajo Beto –solo te ves diferente.

-todos nos vemos diferentes.

Eva le alarga unos billetes maltrechos, toma la bolsa y sale.

-hasta luego- se despidió Beto, Eva solo levanta su mano sin voltear a verlo, el lastimoso rostro de Beto ante la indiferencia de Eva es como la de un niño que pierde su globo, era una situación que se repetía cada vez que la entraba a su tienda.

Al llegar a su casa la tarde ya se había terminado, se encuentra en los escalones una rata muerta, se asusta un poco retrocediendo pero el susto se desvanece con rapidez, maldice en voz alta con torpeza ya que un cigarrillo colgaba en sus labios y patea la misma al lado, mete las cosas a su casa, deja la bolsa en la mesa de la cocina y sale cargando una bolsa vacía, toma la rata de la cola y la mete en la misma amarrándola con molestia, observa todas las casas deseando quemar cada una de ellas, lleva la bolsa al bote de basura y la lanza con la mandíbula endurecida.

Minutos después, Eva miraba televisión mientras el humo del cigarrillo invadía su cuarto, había un programa de comedia absurdo, el cual nunca la había hecho reír pero no dejaba de ver, sostenía en su mano una cerveza a medio consumir, mientras sus ojos se entrecerraban por el sueño; de repente tocan a su puerta, queda inmóvil esperando confirmar una segunda llamada; tocan nuevamente y se levanta extrañada, se asoma por la ventana levantando levemente la cortina y ve a un señor esperando a su puerta, el sujeto se pasaba su mano por la cabeza acomodando su cabello. Eva reconoce al sujeto y lanza una maldición en sus adentros, apaga su cigarrillo en su cerveza y aun dudosa abre la puerta a medias, el sujeto le observa y sonríe.

-Buenas tardes Eva. ¿Estas ocupada?- saludó con una sonrisa falsa, en su rostro se veía que estaba tomado.

-¿que necesitas?- cuestionó Eva escondida detrás de la puerta. El sujeto

observa a los lados con el entrecejo confundido.

-servicio- señaló con desdén.

-ya no hago eso- contestó seria, intenta cerrar la puerta pero la detiene el sujeto.

-Eva… sé que eso no es verdad, no me tomara mucho tiempo, y como sabes –levanta algunos billetes –siempre pago bien.

Eva observa el pequeño fajo de billetes sudados con sus inexpresivos y al mismo tiempo profundos ojos. Abre un poco más la puerta y lo deja pasar.

Gustavo sube a su bicicleta y empieza a pedalear, traía su acostumbrado gorro café y su suéter verde olivo; llega hasta la casa de unos amigos que se encontraban ensayando en su cochera, tenían un grupo de rock improvisado, con una batería armada con piezas de diferente marca y guitarras de diferentes bocinas. En el lugar se juntaban casi todas las personas que conocía, los más cercanos, igualmente abundaban las drogas y el licor.

Deja su bicicleta recargada a la orilla de una barda, se adentra y se sienta en un sillón de camioneta acomodado en una de las bardas en la cochera. Rápidamente le alcanzan una cerveza.

-¿Por qué llegaste tan tarde?- cuestionó Mariana, una joven de faldas cortas y botas largas, se sienta en sus piernas y le quita su gorro, Gustavo disimula la molestia que le ocasiona y la toma de su espalda.

-estaba estudiando- respondió, Mariana ríe escondiendo su boca detrás de su cerveza.

-¿estudiando?

-si- respondió colocándose de nuevo su gorro.

-eres raro, ¿Cómo puedes estudiar? Eres muy joven, disfruta de las fiestas mientras puedas.

-eso hago, aquí estoy ¿no?- se la quita de encima y se levanta ante la mirada extrañada de la misma. Camina saludando a casi todo el que se encontraba, estaba levemente iluminado, había grupos de personas por todos lados y una neblina de cigarro que invadía casi cada rincón, llega hasta Romero, un sujeto de treinta y tantos, dueño de la casa y la mayoría del licor, era un solterón extraño que nunca se había casado ni tenía hijos, se dedicaba a la venta de drogas pero se disfrazaba de vendedor de camarones, tenía un par de botes que siempre tenía en

altamar. En la casa había afiches de películas, de videojuegos y artistas de la música; Gustavo camina hasta Vega, Vega era un muchacho de cabello largo, tenía una argolla en su oreja izquierda, y era muy delgado.

-"Vegano" ¿cómo estás?- saludó Gustavo.

-Vega, Gus, ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Dime Vega- señaló tomando un trago de tequila con limón.

-como sea, ¿tienes lo que prometiste?

-lo tengo aunque no lo prometa- respondió llevando su mano a su pantalón, saca una bolsa pequeña con pastillas, Gustavo alarga su mano hacia la misma.

-ah, ah, ah, no- Vega aleja la mano del mismo –no toques la bolsa- saca un par de pastillas

-el dinero.

-¿crees que no te voy a pagar?- Vega observa inerte a Gustavo, quien saca su cartera y le alarga un par de billetes. Vega toma los billetes y les da las dos pastillas.

-úsalas con precaución, no quiero escuchar que terminaste ahogado en la playa.

-ya me conoces, ni en la prisión ni muerto.

-eso espero, no me sirven de nada esos imbéciles que hacen cosas como morirse, es malo para el negocio.

-nos vemos luego… Vegano.

Vega chupa sus dientes negando mientras da un sorbo a su cerveza, Gustavo se aleja hasta un cuarto contiguo, la puerta entreabierta revelaba a un grupo de jóvenes fumando mariguana y se introduce saludándolos a todos.

Sentada frente a su mesa, Eva, algo ebria, carecía de expresión alguna, sobre la misma había dinero, bastante, estaba confundida, no sabía si invertirlo en cualquier cosa y quedarse, o tomarlo todo y marcharse, una vez más, era más fácil emprender la huida que emprender un negocio, todas la consideraban un fenómeno, pero al mismo tiempo estaba cansada de huir, en cualquier lugar era la mismo, había estado poco tiempo pero se había adaptado, quería que este lugar fuera el último. Se

inclina hacia atrás y saca un cigarrillo observando la ventana.

Cuando tenía trece años vivía en una casa abandonada, era prácticamente una vagabunda, dormía entre cartones y almohadas rellenas de periódico y paja, robaba agua de las casas sin que se dieran cuenta, se bañaba en los baños públicos, y guardaba su ropa en una envejecida maleta, su cabello sufrió mucho maltrato, por eso había decidió cortarlo, nunca más lo tendría así.

Trabajó limpiando casas, de surtidora en algunas tiendas y sobre todo, de prostituta, la primera vez que lo hizo fue con su primer jefe, era una casa grande, ella estaba limpiando la sala cuando este llego del trabajo, la saludo y se fue a su cuarto, este bajó en toalla y se paseó por la casa en la misma, a su vista, ella se concentraba en solo limpiar, era un sujeto de bigote, no estaba gordo pero no era para nada atlético, su estómago era velludo, su cabello algo cano, este se dirige a la cocina, pro la cual se lograba ver la sala, limpiaba un florero, este se prepara un sándwich y la observa, esta le daba la espalda, vuelve su rostro hacia el mismo y este le sonríe, pero esta regresa la vista ignorándolo asustada, se concentra nuevamente y vuelve la vista de nuevo, pero no había nadie.

-te tengo- grito el sujeto, esta se asusta y suelta el florero, el cual cae haciéndose trizas –oh no pequeña- sonrió –rompiste el jarrón de Úrsula, ese era su favorito.

-pero no fue mi culpa, fue un accidente- dijo alterada Eva, se lleva su mano a su frente.

-ya lo veo, pero ella no te creerá.

-puedo pagarlo- señaló Eva recogiendo los pedazos, sentía que el mundo se le venía encima.

El sujeto se echa a reír hacia atrás.

-¿Pagarlo? Apenas pude pagarlo yo, pero no te preocupes, será nuestro secreto… yo puedo guardar un secreto… ¿y tú?- comentó acercándose al rostro de Eva quien asiente con la cabeza -bien, creo que todo estará bien… ahora, yo guardare el secreto pero tú tienes que hacer algo por mi.- se acerca así oído –quiero que me…

Un fuerte estruendo llama la atención de Eva trayéndola de vuelta a la realidad, era de fuera, de la casa de su vecino. Esta toma el dinero y lo guarda en una pequeña maleta, lo esconde en la alacena y se acerca a la ventana, descubre un poco el interior recorriendo la cortina y observa, estaban discutiendo, el sujeto se encontraba fuera de la casa en ropa

interior mientras la esposa le gritaba desde la ventana.

-no eres un adolescente maldito enfermo- le grito, lanzándole revistas desde la ventana –eres un pervertido, no sé porque haces esto, ya ni se te para.

-Cállate, cállate maldita, déjame entrar y deja de tirar mis revistas- las luces de los demás vecinos cercanos empiezan a encenderse. Algunos de ellos empiezan a salir -mujer, déjame entrar, estás loca.

-¿loca yo? Tu eres el que está loco, eres un viejo ¿qué haces con pornografía en mi casa?

El sujeto vuelve el rostro hacia los vecinos avergonzado.

-mujer cállate, ya deja de decir sandeces.

-¿Qué? ¿Te da vergüenza? que los demás lo sepan, ¡oigan todos! ¡a este sujeto le gusta ver pornografía de jovencitas en mi baño y ni siquiera se le para… es un maniático, está enfermo.

El sujeto avergonzado se tapa la cara y niega con su cabeza, Eva no puede evitar sonreír ante la bizarra imagen, suelta la cortina y se aleja de la ventana, regresa al sillón y se sienta colocando su cigarrillo en su boca, la televisión estaba apagada, veía su reflejo en la pantalla oscura.

“fenómeno”

Pensó, alza el control de la misma y la enciende.

Capítulo 3

Capítulo 4

Eva despierta abriendo sus ojos con una acostumbrada dificultad, estaba dentro de la oscuridad habitual de su cuarto, acostada de lado y en posición fetal; lo primero que nota es el reloj de su despertador y que ya eran las ocho con treinta y tres.

“ya es tarde”

Pensó reacomodándose de espaldas, mira directamente hacia el techo, el cual estaba enmohecido y manchado de humedad sobre otras manchas envejecidas, era tan abstracto su diseño que pasaría fácilmente como una obra de arte. Eva vivía con el temor de que un día cayera sobre ella.

“¿tarde para que?”

Cuestionó en su interior, no tenía trabajo, ni obligaciones y no había nadie a quien responder, ni a quien mantener, lo único era la renta, pero aún le quedaban algunos meses; los primeros días a su llegada, tardó bastante en encontrar un lugar donde quedarse, vivió en su auto hasta que convenció a la dueña de la misma con un pago de ocho meses por adelantado, la dueña no le tenía confianza, igualmente le desagradaba su aspecto, pero su necesidad de dinero resultó ser más grande que sus prejuicios. La casa estaba en muy malas condiciones, descuidada tanto fuera como por dentro, Eva sintió que la casa iba con su personalidad.

Se descubre lanzando la sábana hacia un lado, dormía con un holgado pantaloncillo corto y una blusa igualmente suelta, se sienta y estira su cuerpo, en su boca aun saboreaba el cigarrillo de la noche anterior, sus ojos estaban hinchados y su piel marchita, parecía ser un día cualquiera, pero no lo era, era un día en el que tendría que salir a buscar trabajo nuevamente, a vivir esa incomoda incertidumbre de no saber si encontrará algo rápido, si será algo bueno o si será bien pagado.

Se levanta y se mete al baño, al encender la luz del mismo una cucaracha salta a la vista espantándola cual si fuese un niño, se reincorpora con rapidez y le lanza su sandalia dando en el blanco certeramente; la cucaracha cae al suelo con tan solo un suspiro de vida, corta un poco de papel higiénico, toma la misma y la lanza por el retrete, observa insegura alrededor, no debía estar sola, nunca lo están; se desviste y se baña presurosa y con sospecha, no dura más de seis minutos bajo la regadera, sale enrollada en su toalla y regresa con un bote de insecticida terminando el mismo en el interior del baño, cierra la puerta y se recarga de espaldas en la misma.

-debo fumigar- señaló cerrando sus ojos.

Sabía que el problema no era el costo, ni el hecho de que tendría que mudarse un par de días, el problema era que no quería gente en su casa, no confiaba en nadie, bajo ninguna circunstancia. Ni siquiera confiaba en los del servicio de cable, quienes la habían supervisado mientras colocaba el mismo en su televisor.

“es solo un cable, no tienen nada que hacer adentro”

Les dijo tajante el día que adquirió el servicio.

Se alista y sale en busca de suerte, cierra la puerta con doble llave y enciende su cigarrillo al tiempo que se acomoda el cabello, pasa su mano por el costado de su viejo automóvil cual si fuere un caballo al que deja descansar; camina un par de cuadras observando alrededor.

Llega hasta una pequeña fonda en la que pide un café para preparar y un par de emparedados; se sienta y empieza a comer ante la mirada extrañada de los presentes, Eva ya estaba acostumbrada a esa sensación, a no ser aceptada, a ser diferente y a deambular sola por la vida, no era de ningún lado y al mismo tiempo era de donde le diera la gana. En cualquier lugar la gente la observaría como a un bicho raro. Observa sus uñas negras ya decoloradas y maltrechas, y un anillo de acero inoxidable en su dedo auricular, una calavera cuyo diseño en dorado le recordaba sus días de adolescente, un regalo de su primer y único novio; Sebastián Vélez, el “rojo” apodado así por el color de su cabello, era conocido por ser el vocalista de una banda y por ser un buscapleitos que siempre salía bien librado; su voz no era espectacular pero animaba fiestas y la gente lo buscaba por dar siempre un buen espectáculo, Sebastián representa uno de los pocos buenos recuerdos en la memoria de Eva.

Trágicamente, un primero de enero del noventa y cuatro, después de haber tocado y celebrado año nuevo con su banda de rock, este fue encontrado en la calle muerto con bastantes heridas por apuñalamiento. Hubo muchas teorías por su asesinato y muchos rumores que implicaban a Eva, nunca se condenó a nadie y quedó como un simple crimen sin resolver. Eva no soportó la pérdida y se marchó después del entierro. Conservaba el anillo ya que en los tiempos difíciles, darle la vuelta en su mismo dedo la relajaba.

Después de pagar, camina sin rumbo escondida dentro de sus audífonos; había un par de lugares que solicitaban empleados, pero no resultaban ser de su agrado o sabía que no sería contratada, restaurantes elegantes, hoteles, tiendas de ropa y demás. Quería un mínimo de responsabilidad y un mínimo de atención a clientes, jamás trabajaría como mesera otra vez.

Llega hasta una banca y se sienta a finalizar su cigarrillo, su búsqueda aun no empezaba y ya sentía ese cansancio habitual del desempleado.

Observa el lugar y a todos los pasantes, le gustaba observar a la gente como si estuvieran en un documental del canal de los animales.

Frente a esta, al otro lado de la calle, estaba un sujeto alto, bien parecido, se veía intelectual y de dinero, toda su ropa se veía costosa, más que una persona parecía ser un maniquí de una tienda de lujo.

"ese es un león, o por lo menos se esfuerza en serlo"

Pensó con sarcasmo, un tipo que se cree dueño de todo y de todos, a su lado estaba una muchacha de no mas de veinte años, rubia, de ojos claros, se le veía una inocencia palpable que sugería gritarle "¡márchate de ahí!" la joven vuelve su rostro hacia el sujeto quien le sonríe con la mirada de un perverso, la joven se intimida y se retira un poco.

"ella es definitivamente una gacela"

Diminuta y frágil, vulnerable a las garras del león, o de cualquier animal que se le acerque. Continua la búsqueda con su mirada hasta topar con un sujeto sospechoso, de mirada fúnebre y ropas holgadas, era pequeño pero parecía ser ágil.

"un coyote"

Al lado del mismo estaba un sujeto gordo que comía una nieve doble.

"hipopótamo"

Cerca de un teléfono público estaba un muchacho con uniforme de baloncesto.

"una jirafa"

Sonrió Eva, hasta que su mirada topa con Gustavo, su sonrisa se desvanece lentamente, este caminaba indiferente acompañado de sus amigos con sus patinetas bajo el brazo y su mochila al hombro, lo observa unos momentos hasta alejar su mirada, espera un poco y regresa la mirada de nuevo, Gustavo era un joven peculiarmente atractivo, era desaliñado pero se veía limpio, no vestía a la moda pero su ropa no estaba maltratada. Eva sintió una atracción inusual hacia este que la hizo entrar en pánico, lanza su cigarrillo al suelo, lo pisa se levanta y sigue su camino hacia el lado opuesto. No sabía realmente la razón, pero había algo en el que la hacía sentir vulnerable, y por esa razón le resultaba

despreciable.

Camina un par de cuadras hasta topar con un salón de boliche, en el mismo había un letrero improvisado escrito a mano de “Se solicita empleado” Eva se introduce al mismo observando alrededor, era un lugar modesto y bastante agradable.

-buenos días- saludó al empleado del mostrador, quien estaba ocupado con un puñado de papeles, era un sujeto algo pasado de peso, tenía el cabello largo y usaba lentes graduados.

-buenos días- respondió sin levantar la mirada, sacaba cuentas con una calculadora de grandes botones.

-vengo por la vacante.

-oh si, estamos buscando- respondió alzando la vista, hace una pausa al verla y la revisa con sus ojos de pies a cabeza –personal para limpieza.

- ¿limpieza? - se extrañó.

-así es, limpieza de baños, que sepa barrer, trapear, sacudir, cosas así, no es muy elegante pero es lo que hay.

Eva baja la mirada apretando sus mandíbulas.

-está bien.

-¿segura?

-si- respondió con firmeza - ¿Qué día puedo empezar?

El empleado ríe levantándose de la silla.

-¿realmente quieres trabajar aquí?- deja los papeles a un lado.

-¿realmente necesita a alguien que trabaje aquí?- señaló con seriedad. El empleado toma una hoja del mostrador con antipatía y se la alarga.

-ten, trae estos documentos lo mas pronto que puedas, en cuanto los traigas empezaras a trabajar, mi nombre es Augusto Mejía.

-muchas gracias, yo me llamo Eva- se despidió, guarda las hojas en su bolso y sale, se coloca sus audífonos y empieza a caminar encendiendo un nuevo cigarrillo.

“esto fue rápido”

Pensó, sabía que sería algo temporal, sabía igualmente que su estadía en aquella ciudad ya estaba llegando a su fin, pero era trabajo y eso significaba ingreso económico.

Camina hasta llegar a un puente automovilístico y se sienta al borde, saca un cigarrillo y observa los autos pasar, aunque tenía un auto Eva prefería caminar, andar en auto no le permitía conocer esos lugares triviales, todo era mas rápido, y no le importaba perder el tiempo, además que no era un auto nuevo y ya le había costado bastante mantenerlo, solo lo usaba por las noches, cuando iba a lugares demasiado lejanos y cuando se mudaba de ciudad.

Coloca sus manos sobre sus rodillas y cruza sus manos, cierra sus ojos e inhala el viento, era un placer que Eva disfrutaba como un regalo de la vida.

“Pocas personas lo entienden como tal, es algo tan común que nadie sabe apreciarlo”

Ni el cigarrillo, ni las drogas, ni el licor, ni el sexo era tan placentero como estos momentos de paz, eran unos minutos en los que olvidaba todo lo miserable que había sido su vida. Muchas personas aún dormían y ella ya había encontrado un nuevo empleo, era tal vez su poca preocupación por su economía y por la vida misma lo que la llevaban a vivir tan plácidamente. Había vivido verdaderos infiernos siendo muy chica, vivía en una soledad constante, el dinero no fluía en exceso, pero realmente no sentía envidia por nadie; podía morir ahora mismo y nadie le lloraría, saber eso le daba una verdadera libertad espiritual. Saca de su bolso una carpeta con un puñado de solicitudes de empleo, las vuelve a dejar en el interior y ríe. Ahora le habían sobrado más, se podría decir que ya era experta en buscar trabajo, sabía que buscar y que ignorar, donde sería contratada y donde sería ignorada, la única dificultad que debía dominar era mantenerlo. Desde sus dieciséis años había empezado a trabajar pero nunca había durado más de un año en un mismo empleo, lo único en lo que había sido constante era la prostitución, no podía evitarlo, le dejaba mucho más ganancias y más tiempo libre, no sentía vergüenza por haberlo hecho pero el riesgo era inminente.

Gustavo se encontraba sentado en una banca de la pista para patinetas, a su lado estaba Rodrigo, compañero de clase y amigo desde la secundaria, ambos platicaban al tiempo que fumaban un cigarrillo de mariguana, sus amigos daban saltos con sus patinetas y bicicletas haciendo alarde de sus habilidades con las mismas, el día estaba soleado.

-¿para cuándo iras a hacer el examen?- cuestionó Rodrigo lanzando una bocanada al aire, Gustavo tenia los brazos entre sus piernas resintiendo

con disimulo el frio.

-la semana que entra- respondió, le alarga el cigarrillo.

-eres un nerd.

-no lo soy- respondió Gustavo tomándolo, disimula una sonrisa; la pista de patinaje era un lugar muy concurrido por adolescentes, era un lugar cercano a la playa, descuidado; había grafitis y algo de basura, en algún tiempo fue un centro de reunión importante, se organizaban eventos musicales y torneos de patinetas, con el paso de los años, la gente perdió interés y pasó a ser solo un lugar de mala fama.

-los doctores no patinan- señaló Rodrigo alargando su mano, Gustavo le pasa el cigarrillo y lanza un escupitajo al suelo.

-cuando sea doctor dejaré de patinar.

-tampoco fuman hierba.

Ambos se voltean a ver y ríen. Rodrigo era un joven de cabello largo y rizado, más largo que el de Gustavo, pero siempre usaba gorra y lentes, su ropa era holgada y tenía una barba rojiza maltratada.

-vas a tener una de esas con las que recetan ¿no?

-recetario medico.

-acceso a todo tipo de drogas… excelente - ríe.

-si, pero para cuando lo tenga seré mayor y aburrido.

Rodrigo le regresa el cigarro.

-yo jamás seré así.

-no, tu te harás cristiano- ríe bajando la mirada -vas a vender biblias.

-me gustan demasiado las mujeres para terminar así, y la hierba, y la chela, y todos los deliciosos pecados.

-acuérdate de Lucero.

-Lucero,- cierra los ojos y suspira -esa zorra… esa zorra era un caso especial, su lengua ya es una leyenda…

Gustavo se recarga sobre sus brazos y vuelve la vista al cielo.

-con ella perdí mi virginidad.

-creo que todos… hasta mi hermanito

Gustavo niega con la cabeza

¿vas a ir hoy?- cuestionó Rodrigo.

-¿con Romero?

-el único e inigualable, el viejo lobo de mar.

-un rato- respondió reincorporándose -mañana tengo cosas que hacer.

-que puto, eres muy responsable… debes disfrutar esta edad, cuando seas viejo y aburrido vas a extrañar estos días- Rodrigo deja caer el resto del cigarrillo y lo pisa.

-tú vas a estar igual, pero al revés- comentó Gustavo tallando sus ojos.

-no, yo no soy nada, yo estaré igual.

-oh pobre de él, todo tiene en contra- hace señas sarcásticas con sus manos como si estuviera llorando.

-no hay nada de malo con aceptar la verdad.

-¿Quieres ser el sucesor de Romero?

-ni siquiera eso, creo que cuando piensas que serás de viejo empiezas a morir, no todos tenemos vocación, ni talento, aceptaré lo que venga a como venga.

-eso es muy depresivo- se levanta y toma su patineta.

-tu no deberías estar aquí, eres un nerd.

Gustavo se acerca a la pista, coloca su patineta al borde del hueco y vuelve su cabeza a Rodrigo –debes ser suficientemente responsable para poder disfrutar la irresponsabilidad -se lanza.

Eva regresa a su casa y se encuentra con una paloma muerta en la entrada, los gusanos habían acabado con gran parte de su cuerpo. El asco le invade el rostro, levanta la mirada y observa el vecindario; alguna luz sospechosa, alguien observando a través de su ventana, algún indicio de movimiento, nadie, no había nadie, ni una sombra, eso era más extraño

aun, sentía ser observada por todos mientras se ocultaban detrás de sus cortinas suburbanas. Igualmente había algunos grafitis en la pared, escritos con laca oscura, Eva sabía distinguir la letra de los grafitis, la caligrafía, el tamaño y la ortografía le hacían deducir que había sido obra de un adulto.

"loca" "puta" "lárgate"

Son las palabras que resaltaban en la misma, baja la mirada apretando sus puños y lanza un grito.

-¡todos váyanse a la mierda!

Su alarido fue tan intenso que sintió como sus cuerdas bucales se lastimaban, pasa saliva y entra a la casa. Sale cargando una bolsa de plástico, toma con dificultad el animal y lo lleva hasta un bote de basura cercano intentando no vomitar. Regresa a la casa y azota la puerta detrás suyo. Llega hasta el refrigerador y toma una cerveza, se sienta y la bebe ahogando su enojo, su sillón estaba envejecido, opaco y no era lo más cómodo, pero sentarse en ese lugar después de un largo día, era otra de las trivialidades que le causaban un gran placer. Ya entrada la noche, Eva sale en su auto hacia su acostumbrado bar, era un lugar ameno, frecuentado en su gran mayoría por personas mayores.

"inofensivos"

Pensaba Eva, aunque había algunos que intentaban seducirla de manera agresiva, sabía cómo eludirlos, era mejor este lugar que cualquier bar moderno o cualquier antro de moda, le resultaba bastante molesta la juventud, le gustaba sentirse como un alma vieja, cansada pero al mismo tiempo llena de experiencia. Había alguien con quien le gustaba platicar había sido su cliente en algunas ocasiones, pero nunca le pagaba completo, era alcohólico no muy peligroso, Eva lo había derribado y sometido en un par de ocasiones. Su nombre era Horacio Benítez, "el gusano", un hombre de cincuenta y dos años, de escaso cabello, tenía un par de verrugas en su cuello, un párpado caído y su rostro muy marcado por antiguas cicatrices, en su juventud fue un conocido criminal de barrio, robaba cualquier cosas que se encontraba, hasta que un día se metió a robar a una casa y encontró una mujer muerta por un cuchillazo, la policía llegó justo cuando este había entrado, al intentar huir lo ven lo persiguen y le derriban acusándolo de homicidio, pasó veintitrés años en la prisión, su única virtud era que, a pesar de su aspecto, siempre olía bien.

"la vida es perra, pero algo habrá hecho para ese destino"

Pensaba Eva siempre que lo veía. El bar era bastante tranquilo y cálido, en ocasiones había música en vivo, era un lugar casi exclusivamente para camioneros y motociclistas, un típico bar de paso. Había una gran

variedad de mesas de billar, mesas para póker y dardos, estaba hecho de madera, incluso el piso, tenía cabezas de venado y fotos de los orígenes de la ciudad, en su interior reinaba un aroma a caoba y orines.

Eva entra y pide una "Corona" en la barra, observa hacia las mesas de billar y ve a un pequeño grupo de tres personas, aunque solamente los veía de noche en el bar, se podría decir que eran sus amigos. Después de pagar, se acerca a estos.

-no empiecen sin mi- señaló haciéndose lugar entre los presentes, la mayoría de los mismos tenían barbas canosas y crecidas, sobrepeso y un peculiar olor a viejo.

-mira quien regresó- señaló Bernabé Bautista, el más regordete de todos, tenía una calva pronunciada y unos mostachos gruesos y canosos, siempre vestía camisas a cuadro y pantalones vaqueros.

-regresó a que le pagues- dijo el "rata", un sujeto delgado y desaliñado, tenia un peculiar par de dientes frontales que asemejaban al roedor, de ahí su apodo, usaba casi siempre los mismos pantalones vaqueros y era el único que no fumaba.

-si empezara a cobrarles todas las veces que les he ganado no tendrían para tomar- señaló Eva acomodando su chaqueta en una banca cercana, pone un cigarrillo en sus labios y lo enciende.

-te hemos dejado ganar, así no cuenta.

-mis huevos- respondió -lo que pasa es que no aceptan que son muy malos –toma un palo de billar y se acerca llenándolo de tiza.

-no deberías de andar sola ¿supiste del sujeto de anoche?- comentó Hugo, hijo de Bernabé, alto y fornido, usaba una barba escasa pero casi tan canosa como la de su papá.

-¿qué sujeto?- cuestionó reacomodando las pelotas en el triángulo.

-la degollaron anoche, en el parque de las cruces, dicen que fue en la madrugada.

-¿quién empieza?- cuestiono Eva dando un sorbo a su cerveza.

-empieza tú, ya te metiste- señaló Bernabé.

-dicen que le amarraron las manos a la espalda y lo torturaron, tenía una mordaza por eso no pudo gritar- comentó el "rata"

-le abrieron la garganta por eso no pudo gritar- corrigió Hugo llenando de tiza su palo. Eva lanza el primer golpe, se escuchan un par de bolas caer en las troneras.

-voy rayadas- dijo –y el sujeto ese algo habrá hecho.

-maldita escuincla- vociferó Bernabé –siempre le caen de a dos.

-trabajaba en la ferretería del centro, dicen que abusaba de una niña que era su vecina- comentó Hugo reacomodando su gorra.

-ves- señalo Eva –así que no te preocupes, se cuidarme sola, además por las noches todos somos un poco criminales- lanza un golpe pero falla en meter la bola –puta madre- se aleja y toma su cerveza.

-hace tiempo que no sabía de un homicidio así- comento Bernabé reincorporándose de su banca.

-¿cómo?- Cuestionó su hijo –dando un golpe certero, Eva aprieta su mandíbula, sabía que si colocaba la primera era muy difícil detener su racha.

-fue como ejecución- señalo el "rata"

-lo mataron porque abusaba de la niña- dijo Hugo con seriedad –no todo son ejecuciones o asaltos.

-hace tiempo- interpuso Bernabé -como en el setenta y tres, supe de un homicidio así, un sujeto que abusaba de sus tres hijos, esa vez la madre lo mató, le clavó un cuchillo más de veintiséis veces en el pecho.

-en tus tiempos todo era mejor- sonrió Hugo -hasta los homicidios.

-nada justifica una muerte.

-todos justificamos nuestras acciones en nuestro propio mundo- señalo el "gusano", quien se acerca con timidez.

-con razón olía a mierda- señalo el rata.

-relájate- comentó Eva –tu no hueles muy bien.

-no te preocupes Eva- da un trago a su cerveza y se marcha. Bernabé lo observa alejarse.

-si pudiera, apostaba a que ese es el asesino- dijo con sarcasmo.

-él no fue- señaló Eva –era un criminal, pero ya no, déjenlo en paz, siempre le dicen de cosas y el no les hace nada.

-¿porque no te casas con él?- dijo riendo el “rata” Hugo golpea la bola pero falla, lanza un par de palabras altisonantes y se aleja hacia su cerveza.

-no quiero hundir tus esperanzas- dijo Eva acomodándose para lanzar su golpe.

-no me gustas no eres mi tipo- dijo el “rata”

-nadie lo es- señaló golpeando la bola, otro par de bolas caen en la misma tronera. Hugo pasa su trago con dificultad.